SODALITIUM

Artículo extraído de la revista italiana **Sodalitium**, nº 38**.** pág. 29.
Título original: *Quarta parte: il Papa di Lepanto. San Pio V, "il papa della S. Messa"*
Autor: *Ugolino Giugni***.**
Fecha: **junio-julio 1994.**
Traducido al español. Página web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

Hagiografía

SAN PÍO V, "EL PAPA DE LA SANTA MISA"

Cuarta parte*: el Papa de Lepanto*

por el P. Ugolino Giugni

El Papa de Lepanto

La cuestión de la liga contra los turcos ya debería haberse tratado en los párrafos anteriores cuando se discutían las relaciones con los distintos soberanos europeos, pero para evitar repeticiones innecesarias y simplificar la discusión, he preferido hablar de ello aquí por separado.

Es cierto que si San Pío V tuvo un gran mérito en la lucha contra la herejía, el que sostuvo contra los otomanos le ha valido a lo largo de los siglos una gloria aún mayor, haciendo inmortal su nombre. A él le corresponde el mérito por haber reunido con ardor y trabajo las fuerzas cristianas para la expedición de Lepanto, y de haber recibido milagrosamente de Dios la noticia de la victoria.

En la segunda mitad del siglo XVI, los turcos estaban en la cima de su esplendor, y su pompa y los éxitos de sus hazañas, amplificados por la imaginación popular, inspiraban miedo combinado con respeto. Parecía que, en cualquier momento, tan pronto como se presentara la ocasión propicia, sus ejércitos acabarían conquistando todo el mundo cristiano.

Solimán II el Magnífico reinaba en Constantinopla, el cual había afirmado, con motivo de la expedición del emperador Maximiliano a las fronteras de Hungría, en 1566: “que temía más las oraciones de este Papa [Su Santidad V] que a todos los ejércitos del emperador”. Solimán, de 72 años, murió precisamente en 1566. Le sucedió su hijo Selim II, conocido como “el borracho” (un apodo justificado por su vida y muerte). Él hizo las paces con Maximiliano y regresó a Constantinopla para divertirse, causando el disgusto de sus ministros y consejeros que querían continuar la guerra. El Imperio Turco, en ese periodo, se sostenía más por la labor de los renegados o cristianos apóstatas que por los propios turcos; los primeros generales y ministros de Solimán y Selim eran casi todos renegados (ocho de cada diez, bajo Selim). Las mujeres en sus harenes eran predominantemente jóvenes cristianas, hechas prisioneras y esclavas.

> “El más nefasto de estos renegados era un judío reincidente, Giuseppe Nassi. De judío se convirtió al cristianismo en Portugal, de cristiano tornó a ser judío en Constantinopla, ganándose el favor de Selim cuando era príncipe heredero, proporcionándole ducados de Venecia y vinos de Chipre. Desde entonces, le decía al futuro sultán que, conquistando Chipre, tendría una cosa y la otra. Un día Selim, estando borracho, lo abrazó y le dijo: “En verdad, si se cumplen mis deseos, tú serás

rey de Chipre". Y el judío mandó pintar en su casa el escudo de armas de este reino con la siguiente inscripción: Giuseppe rey de Chipre. Selim, convertido en sultán, lo nombró duque de Naxos y de las Cícladas. Pero el corazón del judío pensaba sobre todo en el reino de Chipre.» ([1]).

Chipre fue, por tanto, la chispa que desató las hostilidades.

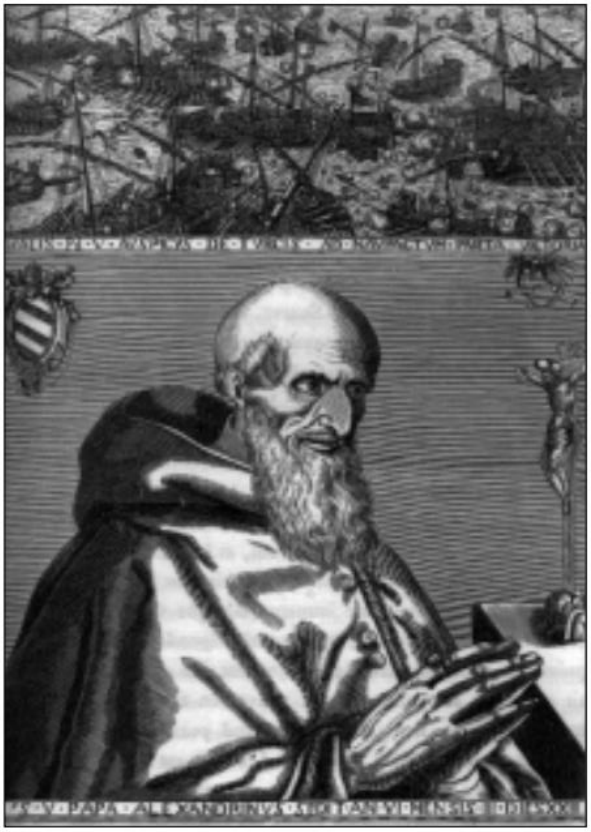
La isla de Malta había sido atacada varias veces por los turcos, pero el heroísmo de los caballeros comandados por Lavallette (Gran Maestre de la Orden de Caballería de Malta) evitó que cayera en manos de los infieles. Luego los otomanos saquearon la isla de Scio, masacrando, entre otros, a dos jóvenes príncipes de la familia Giustiniani (que gobernaba la isla) de 10 y 12 años, que se habían negado a apostatar. Chipre estaba seriamente amenazada y estaba a punto de caer en manos del sultán. Pertenecía a la República de Venecia. Los turcos notificaron al gobierno de la Serenísima que, si quería seguir en paz con el sultán, debía cederle el reino de Chipre. Las ciudades de Nicosia y Famagusta (en la isla de Chipre) fueron conquistadas en 1570 tras un asedio de siete semanas para la primera y once meses para la segunda. Los habitantes cristianos fueron masacrados o esclavizados ([2]), incluido el gobernador de Famagusta, el veneciano Bragadino, que fue literalmente masacrado y que murió como mártir sin quejarse y recitando el salmo *Miserere*. Las propias costas italianas estaban en peligro y eran asediadas por las naves turcas; Pío V viajó personalmente a Ancona para supervisar el armamento de las galeras pontificias.

Todo esto eran solo episodios de una batalla mayor que decidiría el destino religioso de Europa.

Pío V creía acertadamente que solo una liga de las diversas potencias cristianas podría lograr un éxito decisivo contra los turcos; y para organizar esta liga trabajó constantemente, como si estuviera inspirado por Dios, a pesar de las dificultades y los fracasos que sobrevinieron en el proyecto.

Después de reivindicar a Chipre por parte de Selim y el rechazo de la Serenísima, Venecia estaba al borde de la guerra y toda la Cristiandad con ella. Venecia solicitó ayuda al Pontífice. Pío V reunió al Sacro Colegio y tuvo que hacer frente a las opiniones de quienes querían limitar la lucha a las dos potencias. Él les hizo notar que la Serenísima ya había ayudado a la Santa Sede (y aquí San Pío V, noblemente y por el bien común, dejó a un lado todos los malentendidos y dificultades que Venecia le había causado

en el pasado en la lucha contra la herejía al obstaculizar la acción de la Inquisición romana) y cómo habría sido poco prudente permitir una derrota veneciana que habría vuelto a deshonrar a los estados italianos y habría sido extremadamente peligrosa para toda la Cristiandad.



El papa San Pío V en un grabado conmemorativo de la batalla de Lepanto.

Equipó doce galeras, concedió a la Signoria autorización para imponer diezmos al clero veneciano, solicitó ayuda al rey de Francia, a los príncipes italianos Emmanuel Filiberto de Saboya, Cosimo de Medici, Alfonso de Este, el duque de Mantua, a las ciudades de Génova y Lucca, y escribió al rey de España, Felipe II, abogando por la formación de una liga contra los turcos.

> «Los términos de la carta [a Felipe II], y la esperanza de poder volver a otorgar a los reyes de España el título de "Majestad Católica" en la medida en que, como dice el Papa, "**este buen hijo escuche la voz de su madre incluso cuando otros no quieran**", persuadieron a Felipe II a acudir en ayuda de la Iglesia. Y cuando el embajador de Venecia, Soriano, informó al Papa de que Felipe estaba bien dispuesto, "el Santo

Padre, como dijo el mismo embajador alzó las manos al cielo y dio gracias a Dios en voz alta."»

La cuestión de la elección del almirante retrasó la partida de las naves españolas y venecianas que se habían armado rápidamente. San Pío V logró inicialmente llegar a un acuerdo entre España y Venecia confiando el mando al romano Marco Antonio Colonna; bajo sus órdenes, el prefecto Zane comandaba a los venecianos y Andrea Doria (genovés) a la flota española. Fue durante este periodo cuando los turcos invadieron Chipre, conquistando Famagusta y Nicosia. La flota cristiana partió solo cuando se enteró de la invasión de la isla; Pío V se había quejado en repetidas ocasiones de la pasividad de la Liga. Pero los desacuerdos entre los comandantes no se resolvieron ([3]). Andrea Doria, respondiendo con orgullo a Colonna, quien lo instaba a cumplir con su deber, dijo que al rey de España le correspondía mandar, no obedecer. Entonces invirtió el rumbo de sus naves y regresó su puerto de amarre. El resto de la flota, así reducida a la mitad, no tuvo más remedio que retirarse, pues de lo contrario habría sido presa fácil de los musulmanes. De esta manera, esta primera expedición de 1570 fue un rotundo fracaso, comparable a una fuga, que habría desanimado a cualquiera, ... pero no a San Pío V.

La fortaleza de ánimo del Santo Padre era tan grande como su fe; y ambas virtudes le sostuvieron en medio de aquellas pruebas tan desalentadoras. Él creía que los soldados caídos en el campo de batalla por defender los intereses cristianos eran mártires e intercesores ante Dios. La pérdida de tantas vidas humanas, vista bajo esta luz, se volvía ventajosa y la derrota, aceptada como sacrificio, merecía la gracia de una gloriosa revancha para la Iglesia.

«Pío V centró sin esfuerzo su mente en estas ideas. Con el deseo de que la resolución fuera bendecida por la providencia, multiplicó sus plegarias, hizo procesiones y ayunos. "Durante varios días —informa el cardenal de Santa Severina— se abstuvo de toda ocupación exterior, para dedicarse únicamente a la plegaria."

Habiendo asegurado así el socorro celestial de antemano, reanudó la organización de la cruzada sobre una base más sólida. En los últimos días de 1570 todos los compromisos logrados se desvanecieron; en julio de 1571 **la Santa** Liga se había alcanzado y **sobre el horizonte despuntaba el gran día de Lepanto.**

Inmediatamente partieron los nuncios para patrocinar la confederación ante todas las cortes.» ([4])

La recepción de la Santa Liga fue algo dispar. El emperador Maximiliano estaba irritado por la exaltación de Cosimo de Médici y, como de costumbre, dudaba, prometiendo que si la Dieta le proporcionaba un contingente de veinte mil hombres atacaría a los otomanos por tierra, apoyando así los movimientos de la flota. El rey de Portugal, Sebastián, sin rechazar las propuestas, no se unió a la Liga. En Francia, Carlos IX, a quien había sido enviado el cardenal Alesandrino,

> "esperaba poder servirse del sultán para humillar a Felipe II, y ya había enviado a Constantinopla a un plenipotenciario hugonote, M. De Gran Campagnes. A las propuestas que le hizo el sobrino del Papa, respondió que ya había renovado los acuerdos de alianza y comercio con Turquía; entonces escribió a Roma una carta tan arrogante y adujo pretextos tan fútiles que el Papa se indignó. (...) No contentos (Carlos IX y Catalina de Médici) con no querer participar en la Santa Liga, intentaron separar a los venecianos de ella e instaron a Isabel y a los príncipes luteranos de Alemania a alzar sus escudos contra Roma, diciendo cautamente que el Papa estaba más preocupado por la destrucción del protestantismo que por la victoria sobre los turcos.» ([5]).

Por tanto, esta cruzada se llevó a cabo sin Francia, pero con la participación de algunos caballeros franceses.

La respuesta de Filipo II fue bastante diferente, a pesar de que Pío V tuvo que reprocharle la actitud ambigua de Andrea Doria en la primera expedición. El rey de España no escuchó los argumentos de sus consejeros que le invitaban a la prudencia, a pensar primero en la seguridad de sus estados.

> «**Con una amplitud de miras digna de un príncipe católico, escribió al Papa que los intereses de la Iglesia eran superiores a sus intereses particulares,** y que ponía el destino de su reino en manos de las plegarias del Pontífice y de la protección divina. Pío V sintió una alegría inmensa.» ([6])

Sin embargo, otras disputas debían ser suavizadas con la paciencia del santo Pontífice, ya que concernían los intereses particulares de cada potencia individual y a la cuestión financiera; finalmente, fue necesario designar al

comandante supremo. El recuerdo del fracaso de la precedente cruzada persuadieron a los estados participantes a dejar la decisión en manos de Pío V, siempre que la persona elegida no fuera súbdita ni de la Serenísima ni de Felipe II. Tras haber propuesto primero las candidaturas del duque de Anjou (quien rechazó la invitación) y luego de Emanuele Filiberto de Saboya (que era mal visto por los españoles y venecianos, por temor a que pudiera usar la victoria en beneficio de sus estados), San Pío V acabó designando, para asegurar mejor la unión de las potencias, a Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V y, por tanto, medio hermano de Felipe II.

«Un joven de veinticuatro años que había demostrado ser muy valiente en una expedición contra los berberiscos y los moros; tal victoria sirvió para disipar la desconfianza que podría haber tenido por su corta edad. (...) Aceptaba de buen grado los consejos y los ponía en práctica para enriquecerse. Bajo sus órdenes, Marco Antonio Colonna comandaría las galeras pontificias; Luigi di Resquesens y Andrea Doria, a los marineros y soldados españoles, y el superintendente Sebastiano Veniero (...) a los venecianos.

El 25 de mayo de 1571, Pío V tuvo finalmente la satisfacción de firmar y hacer firmado en un consistorio extraordinario la alianza ofensiva y defensiva entre la Santa Sede, España y la República de Venecia contra los turcos. Otros príncipes y señores también acudieron para fortalecer la Liga: entre ellos los duques de Saboya, Mantua, Ferrara y Urbino, que proporcionaron infantería y caballeros, las repúblicas de Génova y Lucca y el Gran Duque Cosimo de Medici.

El tratado de la alianza constaba de veinticuatro artículos. Es un documento diplomático de primera categoría, en el que todos los detalles se contemplan y fijan de forma concisa, sin dejar espacio para ningún resquicio. (...) “Cualquier desacuerdo que pueda surgir entre las partes contratantes será resuelto por el Papa. Ninguna de las partes aliadas concluirá la paz o la tregua por sí misma o a través de intermediarios, sin el consentimiento y la participación de las demás.”

La perseverancia de Pío V permitió finalmente completar una empresa tan difícil.

¿Debemos creer que durante el camino no sintió hastío ni cansancio? Tal insensibilidad no sería humana; los acontecimientos sin duda

tuvieron repercusiones en su alma. (...) Lejos de presumir de un resultado que humanamente le correspondía, se apresuró a agradecer y alabar al Señor, y la celebración de las solemnes Cuarenta Horas y las procesiones que presidió demuestran una vez más su gran fe. (...) Sin duda, tal fe debió de tener su recompensa: las flotas aliadas navegaban hacia la victoria.» ([7])

Don Juan de Austria recibió en la catedral de Nápoles el bastón de general en jefe y el estandarte bendecido por el Papa con la inscripción "*Con este signo vencerás*", bajo la cruz del Salvador. El 15 de septiembre de 1571, después de que, obedeciendo las instrucciones del Papa, se exhortara a los soldados a recibir los sacramentos, las naves aliados levaron anclas. La flota cristiana estaba compuesta por más de doscientos navíos y embarcaciones de diferentes tipos.

Después de veinte días de navegación la flota de la Santa Liga, el 7 de octubre, se encontró con la flota turca frente al puerto de Lepanto. Los otomanos abandonaron el puerto empujados por el viento; su flota mucho mayor contaba con 208 galeras, 66 bergantines y navíos ligeros, treinta mil soldados, trece mil marineros y cuarenta mil remeros. El Generalísimo Don Juan de Austria expresó su alegría por haber encontrado al enemigo, dio las órdenes necesarias, inspeccionó las naves y, con el crucifijo en la mano, recordó a los combatientes la indulgencia plenaria concedida por Pío V, y anunció el triunfo "con tanta gracia y segura alegría, que todos estaban maravillados", y finalmente izó la bandera de la expedición en la nave insignia.

«Fue para todas las naves una señal para la plegaria. **Soldados y marineros, postrados bajo la mano bendita de los religiosos que les daban la absolución, pedían a Cristo que humillara a sus enemigos**. No dudaron de la victoria, tal era su confianza en las oraciones de San Pío V, y cuando el viento, que antes se había mostrado contrario, cambió de dirección y empujó el humo de la artillería hacia los turcos, lo consideraron como un preludio de la ayuda divina y como un presagio del cumplimiento de las predicciones del Santo Padre.» ([8])

La batalla se prolongó ferozmente durante varias horas; el enfrentamiento entre las dos naves insignia, la de Don Juan de Austria y la nave de Alí Mouezzin Pasha, capitán de la flota otomana, fue decisivo. Cuando la nave turca cayó en manos de los cristianos y su capitán fue asesinado, su bandera fue izada en la nave insignia de Don Juan bajo el estandarte de la

Santa Liga, y fue como la señal de la victoria. Tanto Don Juan como Alí, en el fragor de la refriega, liberaron a sus prisioneros ([9]); pero esto se volvió en contra de los turcos porque sus prisioneros, en su mayoría cristianos, se lanzaron sobre ellos, uniéndose a los aliados católicos y haciendo que sus opresores pagaran por las torturas de la esclavitud. Finalmente, Nuestro Señor Jesucristo dio la victoria a su pueblo. La lucha había sido encarnizada, implacable,

> «la victoria de los cristianos fue sin embargo completa. Restos de naves y cadáveres cubrían en gran medida el mar. Unos 8.000 turcos habían muerto y 10.000 hechos prisioneros; 117 de sus galeras cayeron en manos de los cristianos y 50 fueron hundidas o incendiadas. Los vencedores perdieron 12 galeras y tuvieron 7.500 muertos y otros tantos heridos. El botín más bello consistía en 12.000 esclavos cristianos condenados a galeras, incluyendo 2.000 españoles que debían su liberación a la victoria.» ([10])

Los turcos perdieron en Lepanto, además de sus naves, su reputación de invencibles en el mar, y se puede decir que, a partir de ese momento, su fama y su imperio comenzaron a decaer. El propio poeta español Cervantes dijo: “Este día que señala el mayor triunfo logrado en nuestro siglo, desengaña al universo sobre la invencibilidad de las flotas otomanas”.

Después de Lepanto

> «Sin embargo, los cristianos tuvieron que comprar la victoria a un precio alto. Su estado mayor estaba diezmado: Barberigo, Orsini, Caraffa, Cardona, Graziani y la flor de la nobleza italiana murieron gloriosamente, añadiendo nueva fama a su nombre. Los venecianos buscaron en vano a cada uno de sus capitanes; sesenta caballeros de Malta perecieron en los combates, y entre los heridos se contaban el valiente Crillon y el poeta Cervantes” ([11]).

Se había derramado mucha más sangre noble; por parte española, además del mencionado Alfonso de Cardona, perecieron Juan de Córdoba y Juan Ponce de León. El veneciano Sebastiano Veniero también estuvo entre los heridos. El gran mérito de la victoria recayó entonces en el generalísimo español Juan de Austria, quien con su valor decidió el destino de la batalla.

San Pío V recibió la noticia de la victoria cristiana de manera milagrosa. El 7 de octubre de 1571, al mismo tiempo que terminaba la batalla, mientras revisaba cuentas con algunos prelados y su tesorero Bussotti:

> «de repente, casi movido por un impulso irresistible, se levantó, se acercó a una ventana y fijando la mirada hacia el Este como si tuviera un éxtasis exclamó; luego, volviendo a los prelados, con los ojos brillando de una luz divina: "No nos ocupemos más de negocios, sino vayamos a dar gracias a Dios. La flota cristiana ha obtenido la victoria." Despidió a los prelados y se fue inmediatamente a la capilla, donde un cardenal, acudiendo al feliz anuncio, lo encontró sumido en lágrimas de alegría.
>
> Bussotti y sus compañeros, asombrados por esta revelación repentina y solemne, anotaron fielmente el día y la hora en que el Papa lo había revelado. (...) Después de quince días, aún no había llegado ninguna confirmación que tranquilizara a quienes empezaban a dudar y a perder el ánimo.» ([12]).

Finalmente, la confirmación de la victoria llegó desde Venecia a través de una carta de Mocenigo. Al recibir la noticia, San Pío V, tras expresar su gratitud a Dios, dijo, citando las Sagradas Escrituras: "*El Señor ha escuchado la oración de los humildes y no ha despreciado sus plegarias. Que estas cosas se transmitan a la posteridad, y el pueblo que nacerá alabará al Señor."* Luego aplicó al generalísimo Juan de Austria el lema evangélico: "*Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes*" [Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan – nota del traductor]. Al día siguiente, todas las campanas de Roma repicaron alegremente y en todas las iglesias se cantó el *Te Deum*, como para coronar las plegarias, procesiones, penitencias públicas, presididas por el Pontífice que había precedido, preparado, propiciado y así obtenido la victoria de Dios. Grandes muestras de estima y honor se rindieron en Roma y otras capitales al regreso de los vencedores.

Desafortunadamente, la victoria de Lepanto no fue plenamente explotada por las fuerzas cristianas; deberían haber aprovechado el caos y la ruina de los otomanos para forzar el Bósforo y celebrar la misma victoria en la ciudad de Constantinopla. Pero de nuevo los mandos no se pusieron de acuerdo, y el mal tiempo, con la llegada del invierno, los daños y pérdidas sufridos, hicieron el resto. Se suponía que los escuadrones navales se reunirían en primavera para reanudar la campaña. Este error fue irreparable, pues

durante el invierno los turcos pudieron construir ciento cincuenta galeras y ocho bergantines, restaurando la capacidad de su flota.

Pío V, entristecido porque los aliados habían suspendido la lucha, preparó inmediatamente una segunda expedición, que no pudo llevarse a término; de hecho, murió en 1572. La era del heroísmo había pasado...

Ni el valor, ni las armas... sino Nuestra Señora...

> «Pío V atribuyó el triunfo de Lepanto a la intercesión de la Virgen. Quiso que en las Letanías Lauretanas se añadiese la invocación: *"Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros*", y se fijara una fiesta en honor a Nuestra Señora de la Victoria el 7 de octubre. Gregorio XIII, su sucesor, trasladó la fiesta al primer domingo de octubre con el título de Solemnidad del Rosario, y Clemente VIII la extendió a toda la Iglesia, insertándola en el Martirologio con estas palabras: "Conmemoración de Santa María de la Victoria, instituida por Pío V, Sumo Pontífice, por la insigne victoria obtenida por los cristianos sobre los turcos en una batalla naval, con la protección de la Madre de Dios",» ([13])

El Senado veneciano mandó escribir en un cuadro, pintado en la sala de sus reuniones, estas palabras que son un testimonio oficial de su gratitud y de su fe: *"No el valor, no las armas, no los comandantes, sino Nuestra Señora del Rosario, nos hizo vencedores. Non Virtus, non arma, non duces, sed Maria Rosarii Victores nos fecit"*.

No debe olvidarse que, si Pío V había contribuido a la preparación de las flotas con ayuda económica para las naves y soldados, había contribuido sobre todo con una "contribución incalculable, como es la del espíritu, los había blindado con la oración. Capellanes, especialmente jesuitas y capuchinos, acompañaron la mayor parte del ejército. (...) No era una expedición de aventureros ansiosos por infestar como corsarios los mares Jónico y Mediterráneo... El objetivo era noble, los medios debían ser santos: sacramentos, oración e incluso un poco de mortificación. Antes del gran día de la gran batalla, el contingente de tropas debe equiparse con la absolución de los pecados y la Eucaristía" ([14]). Esta era, por tanto, la fuerza de los ejércitos cristianos que atrajeron la bendición de Dios sobre ellos.

Esta batalla y sus consecuencias, que podrían parecer irrelevantes para un observador poco atento, ya que en pocos meses los turcos pudieron rearmar su flota, fueron juzgadas de forma diferente por sus contemporáneos y

por sus descendientes. Creo que es totalmente acertada la opinión del cardenal Grente, quien se pregunta:

> «¿Qué habría pasado si los cristianos hubieran sido derrotados? Locos de orgullo, ¿no se habrían lanzado los musulmanes con irresistible impulso sobre toda la Cristiandad? Y ante la crisis por la que atravesaba la Iglesia, los ataques de la "Reforma", el antagonismo entre Inglaterra y España, la debilidad del Imperio y las guerras civiles de Francia, ¿qué no se debería temer? Si incluso después de la victoria los cristianos difícilmente habrían podido izar la Cruz en la cúpula de Santa Sofía, no cabe duda de que los turcos, si hubieran salido victoriosos, habrían llegado hasta el umbral de San Pedro. Se comprende, por tanto, cómo Roma, Venecia (...) y el pueblo cristiano, después de haber dado por orden de San Pío gracias al Señor y a la Virgen y habiendo dado las debidas felicitaciones a Don Juan de Austria y sus soldados, consciente de los generosos esfuerzos del Papa, sus negociaciones, sus dificultades, sus plegarias y sus sacrificios, haya reconocido en él al gran organizador de la Cruzada. Y la posteridad le ha consagrado con razón este glorioso título.» ([15])

Catecismo Romano

San Pío V es sin duda uno de los mayores papas "postconciliares" [del Concilio de Trento... ¡por supuesto!] que se ocupó de poner en ejecución los decretos del Concilio mismo. En 1543 en Trento surgió la idea de un catecismo universal "para la instrucción de niños y adultos sin estudios"; esta idea fue recogida en un decreto conciliar de 1563. Para la preparación de este catecismo trabajó, ya bajo Pío IV, una comisión de teólogos; Pío V siguió aún más de cerca los trabajos y, después de que una comisión de cardenales, entre los cuales estaba San Carlos Borromeo, examinara el volumen, lo publicó en 1566 con el título: "*Catechismus ex decreto Concilii Tridentini, ad parochos, Pii Quinti Pont. Max. iussu editus*" ([16]).

Era un catecismo dirigido, como se puede entender por su propio título, a los sacerdotes de las parroquias que debían utilizarlo para enseñar la doctrina y la moral católicas a sus ovejas. Un libro, por tanto, también de formación sacerdotal, perfectamente integrado en la "Contrarreforma católica", deseada por el Concilio de Trento e implementada en la reforma del clero por San Pío V. Incluso hoy este catecismo es ampliamente utilizado y constituye un clásico insuperable en su género: el catecismo católico por

excelencia. Los papas posteriores siempre han recomendado su uso hasta la actualidad. Gregorio XIII en 1583 y Clemente XIII en 1761 renovaron su aprobación para que fuese reimpreso, León XIII lo recomendó fervientemente al clero francés llamándolo el "libro de oro", y finalmente San Pío X recordó a todos los párrocos el deber de servirse de él para evitar con seguridad los errores del modernismo.

Para hacerse una idea de la importancia y bondad de este Catecismo romanotridentino, basta con recordar algunas invectivas contra él por parte de los enemigos de la Iglesia; los hugonotes lo definieron: "cábala odiosa y execrable de Roma"; "desde hace cien años, las imprentas papistas no habían publicado un libro tan lleno de artimañas", dijo un protestante. De hecho, en este catecismo se prestó especial atención a refutar los errores de los luteranos y protestantes en general.

El propio San Pío V, tras editar la edición latina, quiso que este libro se tradujera a todos los idiomas, para que todos los pastores (obispos y sacerdotes) de cada nación pudieran utilizarlo fácilmente para "evangelizar a los pobres".

El "Papa de la Santa Misa" y la liturgia

El Breviario.

La reforma del breviario, es decir, de ese libro litúrgico que contiene las oraciones que clérigos y monjes deben recitar en determinados momentos del día, fue una necesidad muy sentida en tiempos del papa Ghislieri. Muchos sínodos la reclamaban, y algunos obispos la habían solicitado en el Concilio de Trento. El estado de la liturgia en este siglo XVI era muy caótico; había una gran proliferación de breviarios, liturgias y ritos particulares, propios de cada nación y diócesis, y una gran ignorancia entre el clero en lo relativo a los ritos sagrados; por todas partes reinaba un desorden litúrgico que resultaba también un escándalo para las personas piadosas. Los papas habían intentado poner algo de orden en esta situación; Clemente VII encargó a Francesco Quignonez y a dos teatinos —a San Gaetano de Thiene y al cardenal Gian Pietro Caraffa— la elaboración de un nuevo Breviario Romano. El breviario de Quignonez era preferido porque era más corto y estaba escrito en un latín más adecuado para los gustos humanistas de la época, que consideraba el latín eclesiástico como una lengua "bárbara". El redactado

por los teatinos se distinguía por mantener los usos antiguos y venerables, por la purga de historias apócrifas, por la corrección de las rúbricas y la introducción de antiguas homilías de los Padres en lugar de las homilías de autores heterodoxos. En esencia, trataba devolver el breviario a sus fuentes gregorianas, liberándolo de las adiciones arbitrarias de los siglos anteriores.

Cuando el cardenal Carafa se convirtió en el Papa Paulo IV se puso a trabajar en la reforma del breviario reformado. Pero, deseando realizar él mismo una obra tan importante, se lo impidió las numerosas ocupaciones de su pontificado y murió sin haberlo terminado. Pío IV, que continuó el Concilio de Trento, envió la obra inacabada de Paulo IV a los Padres conciliares. El Concilio, al no haber completado la obra, en la XXV sesión delegó la Reforma litúrgica al Sumo Pontífice.

> «El Concilio, al delegar al Pontífice Romano la reforma del breviario y del Misal, no hizo más que proclamar, una vez más, la necesidad de que toda la Iglesia de Occidente siguiera la Liturgia de la Iglesia Madre y Maestra. Fueron devueltos a Roma los manuscritos de Paulo IV y todas las partes del trabajo que los comisionados del Concilio habían llevado a cabo, con el mismo objetivo.
>
> Pío IV los llamó a su lado y los apoyó con varias personalidades eruditas de Roma. (...) Su sucesor, San Pío, asumió esta gran obra y añadió numerosos comisionados para acelerar su finalización.
>
> Aquí expondremos en pocas palabras los principios que rigieron la corrección del Breviario. En primer lugar, la idea fundamental de Paulo IV (Carafa) y sus hermanos teatinos, una idea adoptada por el Concilio de Trento, pero diametralmente opuesta a la de Quignonez, era que no existía otra reforma de la Liturgia que acercarla a sus fuentes antiguas, rechazando la distinción entre un oficio recitado en privado y uno público. Por tanto, fue necesario consultar los manuscritos más antiguos y restablecer el orden y la disposición que ofrecían tanto en el salterio como en la división de los libros de la Escritura, en los responsorios, en los himnos y en las antífonas. Con este sistema, la Iglesia permanecía igual a sí misma...
>
> Y cuando todo estuvo terminado, San Pío V promulgó el nuevo Breviario Reformado con la bula *"Quod a nobis"*.» ([17])

Con esta reforma, Pío V abolió y prohibió el breviario de Quignonez, estableció que el (nuevo) Breviario Romano debía recitarse en todos los lugares, aunque no obligaba a aquellas iglesias (u órdenes religiosas) que habían tenido su propio breviario durante al menos doscientos años y les dejaba la libertad de pasar al breviario romano.

Fue un remedio eficacísimo y discreto a la vez, contra la anarquía litúrgica. Poco a poco, todas las iglesias particulares de Occidente comprendieron la bondad de esta reforma y la adoptaron según los decretos del Concilio y la promulgación de San Pío V.

La reforma del Misal Romano.

Se puede afirmar con certeza que San Pío V se ganó la veneración de los fieles y es más conocido gracias al Misal Romano reformado, promulgado por él. La labor de reformar la liturgia, de hecho, no podía considerarse terminada; así como solo había una forma de cantar en la Iglesia, también tenía que haber una sola forma de celebrar la Santa Misa. La misma comisión que había trabajado en la reforma del breviario, trabajó en la reforma del Misal. El Misal debía ajustarse al breviario, y la comisión terminó su trabajo de este Misal dos años después de la entrada en vigor del breviario; en 1570 Pío V pudo promulgar el Misal reformado, acompañado de la constitución "*Quo primum tempore*".

Aquí se presentan algunos de los pasajes más importantes de esta bula de San Pío V, que fue uno de los "caballos de batalla" de la literatura "tradicionalista" contra la "Nueva Misa" de Pablo VI en la década de 1960:

"*Pío obispo, siervo de los siervos de Dios*.

*Desde que hemos sido elevados a la cima del apostolado**, hemos dirigido todos nuestros pensamientos y aplicado toda nuestra fuerza a asuntos relacionados con la pureza del culto eclesiástico**, dedicando toda nuestra atención a preparar y alcanzar este objetivo. (...) Por tanto, este misal ha sido examinado y corregido con gran cuidado... prohibimos**, para el futuro y a perpetuidad, que la Misa sea cantada o dicha de otra forma que no sea según la forma del Misal que publicamos** en todas las iglesias o capillas del mundo cristiano... sea cual sea la orden a la que pertenezcan... salvo que en virtud de una institución antigua o de una costumbre anterior hayan conservado tanto en la una como en*

la otra sin interrupción durante doscientos años en las mismas iglesias un uso particular en la celebración de la Misa. (...) En cuanto a todas las demás iglesias mencionadas anteriormente, Nos suprimimos y rechazamos total y absolutamente el uso de los Misales que ellos utilizan.

(...) Establecemos y ordenamos, bajo pena de nuestra indignación, en virtud de esta constitución que debe ser válida a perpetuidad, que nada podrá añadirse, eliminarse o cambiarse en el Misal que publicamos.

Que si alguien tiene la audacia de intentarlo, debe saber que incurrirá en la indignación del Dios Todopoderoso y de sus benditos apóstoles Pedro y Pablo.»

MISSALE
ROMANUM
EX DECRETO SACROSANCTI
Concilii Tridentini reſtitutum,
S. PII V. PONTIFICIS MAX.
JUSSU EDITUM,
CLEMENTIS VIII. & URBANI VIII.
Auctoritate recognitum.
VENETIIS,
APUD NICOLAUM PEZZANA.
MDCCXXXVIII.

El "Misal Romano según los decretos del Concilio de Trento, promulgado por San Pío V" fue casi universalmente aceptado, con gran alegría en toda la Iglesia. Roma primero, y poco a poco todas las demás iglesias locales la adoptaron en los siglos siguientes.

Como ya había hecho con el Breviario Romano, San Pío V estableció que su Misal reformado debía usarse en todas partes, aunque no obligaba a aquellas iglesias (u órdenes religiosas) que llevaban al menos doscientos

años con un Misal propio, y las dejaba libres para que pasaran al Misal Romano. También prohibió, con palabras muy severas y categóricas, que en el futuro se atreviera a añadir, eliminar o modificar el contenido del Misal que había promulgado. Sin embargo, con esta prohibición, el papa Ghislieri ciertamente no tenía intención de limitar el poder de sus sucesores en el trono de Pedro, de hacer más reformas en el Misal, como algunos "tradicionalistas" ingenuamente afirmaban. Como prueba de ello, basta con pensar en sus sucesores inmediatos y en otro santo Papa, San Pío X, que reformó el misal de Pío V en las rúbricas y nadie (sabio de mente...) ha dicho jamás que no tuviera ese derecho debido a la bula "*Quo primum*". San Pío V quiso decir que a partir de ese momento los obispos y las autoridades locales ya no tendrían derecho a hacer, como ocurría con bastante libertad ante que él, el poder de legislar en asuntos litúrgicos, ya que este derecho pasaba a ser exclusivo del Pontífice Romano. San Pío V podía utilizar tal lenguaje *(Si quis autem hoc attentare prsesumpserit, indignationem Omnipotenti Dei ac beatorum Petri et Pauli Apostolorum eius se noverit incursurum*) porque su "reforma" consistía en "devolver" la Misa romana a su pureza original, purgándola de todos esos elementos renacentistas y profanos que la habían invadido en los últimos siglos. El contenido de la Misa romana de San Pío V correspondía al de los Apóstoles y los Santos Padres y estaba perfectamente en línea con la tradición más que milenaria de la Santa Iglesia.

Uno de los errores de Pablo VI al promulgar la "Nueva Misa" no consistió en que él, si hubiera sido un Papa legítimo (y en 1969 ya no lo era), no habría tenido derecho a reformar el Misal, sino más bien en el hecho de introducir un "nuevo rito" de la Misa que nada tenía que ver con el antiguo. En ella todo había cambiado, inspirándose entre otras cosas en el llamado "canon de San Hipólito" ([18]) y otros textos espurios, con esa "arqueología modernista insana" ya condenada por Pío XII en *Mediator Dei*. Una "Nueva Misa", cuya esencia, por tanto, ya no guardaba relación con el Canon Romano que San Pío V había definido como intocable, "para que fuera un instrumento de unidad entre los católicos. De acuerdo con las prescripciones del Concilio de Trento, debía excluir cualquier peligro, en el culto, de errores contra la fe, amenazada entonces por la Reforma protestante". ([19])

Mientras que San Pío V quería unir a los católicos en la fe mediante la unidad de culto (*lex orandi, lex credendi*), Pablo VI quería dividir, decretando también el fin del latín (que era un vínculo adicional de unidad en la oración de toda la Iglesia); como afirman los cardenales Ottaviani y Bacci:

«El nuevo rito, por lo tanto, se presenta desde el principio como pluralista y experimental, vinculado al tiempo y al lugar. **Quebrada así para siempre la unidad del culto**, ¿en qué consistirá ahora la unidad de fe que de él resultó y de la que siempre se habla como de la esencia que debe defenderse sin concesiones?

Es evidente que el *Novus Ordo* **ya no quiere representar la fe de Trento. A esta fe, sin embargo, la conciencia católica está vinculada eternamente.** (...) Querer a toda costa devolver este culto a la antigüedad, rehacerlo fríamente, *in vitro,* aquello que en la antigüedad tenía la gracia de la espontaneidad primigenia, (...) significa desmantelarlo de todas sus defensas teológicas, así como de todas las bellezas acumuladas a lo largo de los siglos. (...) El abandono de una tradición litúrgica que durante cuatro siglos [desde San Pío V en adelante] fue signo y garantía de unidad de culto (para sustituirla por otra que no puede dejar de ser un signo de división debido a las innumerables licencias que implícitamente autoriza, y **que a su vez rebosa de insinuaciones o errores manifiestos contra la pureza de la fe católica**) parece, **por decirlo de la forma más suave, un error incalculable**.». ([20])

A pesar de estas palabras esclarecedoras de los dos cardenales, y trágicas en sus consecuencias lógicas (que implican... la pérdida de autoridad en aquel que quiso el "*Novus Ordo Missae*") me gustaría citar de nuevo al abad de Solesmes, Dom Guéranger:

«Mis palabras son espíritu y vida, dice el Salvador; ellas dan luz al intelecto, y la caridad al corazón que es la vida. Lo mismo ocurre con las palabras de la Iglesia, que posee la plenitud de los misterios y los dispensa al pueblo cristiano con ritos llenos de verdad y amor. **Por ello, la liturgia siempre ha sido considerada la enseñanza dogmática suprema, a la vez que su forma más popular.»** ([21]).

Los puntos que San Pío V fijó con su autoridad en las rúbricas del Misal Romano que reformó están todos en línea con la tradición de la Iglesia, y son los siguientes:

- la obligación del salmo *Introibo* y del *Confíteor* al inicio de la Misa (en uso desde los siglos X y XI, traído a Italia por los monjes de Cluny).

- Inserción de la *Suscipe Sancta Trinitas* (siglo XI, ya presente en el *Ordines Romani* de Inocencio III).

- Definición de los ritos que acompañan a *Hanc Igitur* y *Per Ipsum* (bendiciones e imposición de manos).

- Aclaración de las fórmulas de la bendición final (*Ite Missa est* del siglo IV y *Placeat* del siglo XI).

- El Prólogo de San Juan al final de la Misa se hace obligatorio.

Incremento de las misiones

El Pontificado de San Pío V también fue de considerable importancia para la propagación de la fe. Si por un lado se preocupaba por defender la Fe del ataque de las herejías en Europa, por otro aseguró su expansión en otras partes del mundo. Si en el viejo continente se había que lamentar la casi total pérdida de Estados que antes eran católicos, como Alemania, en el nuevo continente americano otros pueblos se abrieron a la luz del Evangelio.

Su Santidad Pío V instituyó una comisión de cardenales para dirigir la evangelización de los pueblos de América, África y Asia. Fue la congregación de *"Propaganda Fide"* la que permitió a las misiones tener una relación más directa con la Santa Sede, liberándolas en parte de la influencia de los laicos soberanos; los cardenales Mula, Crivelli, Sirleto y Carafa fueron nombrados para presidirla. También fomentó la formación de comunidades indígenas en lugares separados de los asentamientos de los blancos, apoyando la labor de su hermano dominico Bartolomé de Las Casas († 1566). En algunos países (Perú, Méjico, Colombia, Goa) el Papa pudo ver los buenos resultados de su apostolado misionero; en otros, sembró lo que otros cosecharían después de él.

Otras reformas y congregaciones

El papa Ghislieri aumentó los privilegios de la "Congregación para la ejecución de los decretos del Concilio de Trento" deseada por Pío IV, concediéndole la facultad de decidir los casos más simples y solicitando al Papa la solución de los casos más difíciles.

Durante su trabajo como Inquisidor, fray Ghislieri había podido ver cuánto daño hacían los libros malos. Una vez que se convirtió en Papa, intentó regular mejor su represión instituyendo la congregación del *Índice* de Libros Prohibidos, que, desde ese momento con legislación oficial, pudo funcionar de forma más eficaz.

«Esta innovación suscitó críticas y oposición. Francia y Alemania se vieron obligadas a apoyarla a la fuerza, aunque no la combatieron, recurriendo a pretextos que tendían a obtener numerosas excepciones. ¿Cómo pueden refutarse los libros de herejes si no pueden ser leídos? ¿Cómo podían los predicadores luchar contra el adversario si no conocían sus armas? Pío V resolvió todas las dificultades y, sin tenerlas en cuenta, deseaba que todos se sometieran a la ley; ni siquiera excluyó a los altos dignatarios [la historia del cardenal Morone *docet*... nota del autor], ni concedió ninguna facultad en este punto salvo a unas pocas personas, como al general de los dominicos y de los jesuitas.» ([22])

Fraternidad dominicana y no...

«La vida de Pío estuvo al mismo tiempo totalmente asociada a la de sus hermanos: era fraile, un fraile que quería seguir siéndolo, y con los frailes quería vivir y morir. En la familia de la orden de los predicadores se encontraba bien y se sentía seguro. Al leer la biografía de Santo Domingo, el fundador, sintió que estaba en buena compañía, en el camino correcto, regocijándose como un hijo en brazos de su padre. Como Papa, incluso en el altar, sabía que estaba rodeado por una corona de hermanos unidos a él por el vínculo de la caridad eucarística: eran los diversos personajes dominicos representados en la capilla de San Pedro en Verona, reservada para la Misa de Su Santidad. No se cubría con la capa papal como un atuendo que ocultara al fraile. Siervo de los siervos en la humildad del servicio, padre de todos por grandeza de amor, pensaba en su Orden "de cuya fuente también nosotros, aunque inferiores en mérito, hemos provenido y al que, por derecho familiar, sentimos un cariño especial de amor paterno".

Este derecho le pertenecía por razón de sangre, incluso antes que por vínculos religiosos. Sus antepasados eran originarios de Bolonia, la ciudad adoptiva de San Domingo, un nombre que le recordaba al de su madre Augeri y al de su sobrina casada Bonelli. Una vez elegido Papa, inmediatamente mantuvo alejados a aquellos dominicos que empezaron a rondar por el Vaticano. (...). Pero la buena sangre no miente, ni traiciona la confianza depositada en los miembros de la familia. Pío V hizo un generoso llamamiento a los dominicos: más de un centenar de ellos habían participado en el Concilio de Trento como padres o expertos teólogos; ahora ellos y otros debían formar un cuerpo de vanguardia,

encabezado por el Papa, para cooperar en la acción programada a gran escala.

Treinta y cinco fueron puestos al gobierno de diócesis, ocho de los cuales habían sido teólogos del Concilio; tres colaboraron en la redacción del catecismo, Leonardo Marini y Egidio Foscarari, obispos italianos, y el teólogo portugués Francesco Foreiro; los dos primeros seguían dirigiendo la preparación de los libros litúrgicos. Seis fueron elegidos a perpetuidad para el ministerio de confesiones en la Basílica de Santa María la Mayor, según la reorganización que había llevado a cabo en la Penitenciaría Apostólica, el órgano oficial de la Santa Sede encargado de resolver casos graves de conciencia. El maestro del palacio del Vaticano fue nombrado canónigo teólogo de la Basílica de San Pedro, con la tarea de enseñar la doctrina de la fe según la exposición de Santo Tomás de Aquino. Vincenzo Giustiniani, general de la Orden, fue creado cardenal y enviado como embajador a España; Giulio Pavesi, arzobispo de Sorrento, es delegado pontificio en los Países Bajos, tierras atormentadas por luchas religiosas. Dos dominicos de cada rama de la reforma de las órdenes religiosas son enviados como visitadores a España. Finalmente, un colaborador destacado en el sector pastoral, el arzobispo portugués de Braga Bartolomé de los Mártires, otro San Carlos. Con tales hombres, el Papa podía confesar con confianza que, para servir a la causa de la Iglesia, además de la oración y las sagradas escrituras, la tercera arma le fue ofrecida por sus hermanos dominicos.» ([23])

El papa Ghislieri también dio precedencia sobre las demás órdenes mendicantes a los dominicos, otorgando a la cofradía del Rosario una rica indulgencia, otorgando al general de la orden y a las personas por él delegadas el poder de erigir canónicamente esta cofradía en las iglesias.

Se dice que cuando San Pío V quiso honrar con su presencia el capítulo general de su orden celebrado en Minerva (28 de mayo de 1569), el padre Giustiniani exclamó, parafraseando el Evangelio: "*Nuestros padres durante más de trescientos años han deseado ver lo que vosotros habéis visto, y no pudieron...*" refiriéndose al primer Papa dominico.

San Pío V dedicó su atención no solo a sus hermanos, sino también a otras órdenes religiosas. Amaba y estimaba a todos los religiosos. A él los franciscanos debían el beneficio de ver cómo se disipaban las tendencias de separación que se manifestaban entre ellos; estableció las normas relativas

a la elección del general y les confió el cargo de penitenciarios de San Juan de Letrán. Uno de los personajes que más disfrutó de la confianza y afecto de Ghislieri fue el franciscano Felice Peretti, futuro Sixto V, a quien primero nombró Inquisidor y luego, tras favorecer su elección como general de los franciscanos, nombró obispo y más tarde cardenal, responsable de tres congregaciones (de los obispos, del Concilio y del Índice) ([24]).

Pío V nombra obispo a Felice Peretti.

> «La Compañía de Jesús también tuvo que rendir homenaje a los méritos y la santidad de Pío V. Algunos podrían haber temido que un Papa dominico no se mostrara demasiado benevolente hacia los hijos de San Ignacio, contra quienes Melchor Cano luchaba vigorosamente. Pero tales aprensiones no tenían ningún fundamento. El día en que el Santo Padre tomó posesión de la Basílica de Letrán, pasando frente a la casa profesa de los jesuitas y viendo a su general Francesco de Borja rodeado de su comunidad, lo llamó inmediatamente, ordenó que la procesión se detuviera y conversó familiarmente con el santo durante unos momentos.» ([25])

Las acciones de Ghislieri eran una clara prueba de esta benevolencia. No se conformó con bendecir ni favorecer a los colegios jesuitas, sino que también contribuyó a su fundación. Solo en una ocasión se opuso a la transformación de un convento dominico en Augsburgo en residencia para los

padres jesuitas, escribiendo al cardenal Alesandrino su sobrino: “La Compañía de Jesús merece todo el respeto; pero darles el convento de los dominicos, que fueron fundados antes, me parece que no es bueno.”

> «[San Pío V tomó] algunas medidas que tal vez disgustaron a la Compañía, como la de obligar a sus miembros a cantar en el coro, y de no ordenar sacerdote a nadie que no fuera profeso de votos solemnes. Tras varios pasos dados que resultaron inútiles (...) San Francisco de Borja (...) se sometió con toda sencillez. “Dios permitió ... que un santo, tomando ciertas medidas, pusiera a prueba la obediencia de la Compañía. Esta obediencia fue leal y total. San Francisco de Borja siguió a San Pío V hasta la tumba tres meses después. Desde el cielo los dos santos pusieron fin a la prueba.”» ([26])

La condena de Bayo

> «Aunque el protestantismo ya había sido mortalmente herido en Italia, en los países del Norte varios síntomas indicaban que bajo la máscara del catolicismo comenzaba a implantarse una nueva forma de herejía. (...) Los Países Bajos, ya profundamente socavados desde el punto de vista religioso, amenazaban con convertirse en el centro del nuevo movimiento, y en particular la Universidad de Lovaina, una escuela de antigua fama, enemiga inveterada de Lutero.
>
> (...) Las doctrinas protestantes sobre la gracia y el libre albedrío ejercieron una repercusión en el pensamiento católico con consecuencias incalculables, y esto a lo largo de varios siglos (...).
>
> Michele Bayo, profesor de Historia Sagrada en Lovaina desde 1552, comenzó su investigación impulsado por el deseo de reconciliar las nuevas creencias con la doctrina católica. En 1569 escribió al cardenal Simonetta que, dado que los protestantes no admiten nada fuera de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia más antiguos, él se ha esforzado por reconducir la teología al estudio de la Sagrada Escritura y de aquellos Padres que todavía valen algo a los ojos protestantes, como Cipriano, Próspero, León y los cuatro doctores de Occidente. Sin embargo, si Bayo desea descuidar la labor de los teólogos de la Edad Media, su reserva de pensamiento no debe atribuirse al mero deseo de acercarse a los adversarios que profesan una nueva fe; parte más bien de la idea de que la teología fue atraída y desviada en la Edad Media a

partir de mezcolanzas de filosofía aristotélica, y que debe regresar a los Padres más antiguos, entre los cuales el autor venera por encima de todo a San Agustín como su maestro.» ([27])

En cuanto a su doctrina, Bayo negó la naturaleza sobrenatural de los dones del estado original (los dones y la gracia preternaturales que son totalmente gratuitos según la teología católica), considerándolos como algo debido a la perfección de la naturaleza humana (su pérdida habría conducido por tanto a una corrupción intrínseca de la naturaleza humana). Él ponía la esencia del pecado original en la concupiscencia, lo que privaría a la voluntad de su libertad interior. Todas las acciones humanas vendrían ya sea de la "*cupiditas*", es decir, de la concupiscencia o amor terrenal, y entonces tales acciones serían pecados [*las obras de los paganos, privados de gracia, son* "*vicios que simulan la virtud*"], o de la "*caritas*" o amor recto infundido por Dios, y entonces las acciones son buenas y dignas del Paraíso. Para hacer el bien, sería necesaria una gracia eficaz irresistible, que determinaría la voluntad intrínsecamente sin destruir su libertad.

De este modo,

> «Bayo, siguiendo el camino del pesimismo, fue un preludio del jansenismo. ... Se puede decir que él es pelagiano en el Paraíso terrenal y es luterano, en principio después del pecado original. Él tenía una mentalidad herética» ([28]).

Sus propuestas, al ser un escándalo para los fieles, fueron reportadas a la Santa Sede. S. Pío condenó 79 propuestas de Bayo con la bula *Ex omnibus affíictionis* del 1 de octubre de 1567 ([29]). Al censurar a Bayo, condenó casi de antemano muchos de los errores de la *"Nueva Teología"* que más tarde retomaría el Concilio Vaticano II. Más tarde, Miguel Bayo, a diferencia de Lutero, se sometió a la sentencia de la Santa Sede, mientras seguía mirando con nostalgia a sus principios.

Las calendas de mayo de 1572...

Tras la victoria sobre los turcos, la fama de San Pío V creció cada vez más entre el pueblo cristiano. Dios confirmó la virtud de su siervo con milagros. Curaciones, conversiones, profecías, la eficacia sobrenatural del *Agnus Dei* por él bendecido, el anuncio de la victoria de Lepanto.

El episodio del crucifijo envenenado es muy querido para la iconografía cristiana:

> «Pío V tenía una gran devoción al misterio de la Cruz. En el crucifijo que usó con gran gusto mandó grabar el lema del Apóstol. "*Lejos de mí gloriarme en cualquier cosa que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo*." Con esta actitud humilde, pasaba largas horas de rodillas, con las manos entrelazadas ante su crucifijo o besándolo tiernamente. Un día, queriendo poner sus labios a los pies de Cristo, estos se retiraron de inmediato. Pío V, asustado y desolado, lanzó un grito. Acudieron los familiares, que fueron testigos del prodigio. Pero mientras la conciencia del Santo Padre temía que hubiera merecido un castigo por alguna falta cometida, los familiares más perspicaces o recelosos pensaron en algún intento criminal. Limpiaron el crucifijo con migas de pan y se lo dieron a un perro que murió a los pocos instantes.» ([30]).

La institución de la fiesta de Santa María de la Victoria en reconocimiento a la batalla de Lepanto fue el último acto importante del Pontificado de San Pío V.

A mediados de marzo de 1572, se reagudizó el dolor crónico de los cálculos renales y vesicales, y los médicos pudieron hacer muy poco, dado el agotamiento del cuerpo del Pontífice que se acercaba a sus 69 años de edad. También se negó a ser operado y prefirió soportar los males más atroces antes que dejar que su cuerpo fuera tocado por manos extrañas.

> «A pesar de su debilidad, quería observar toda la Cuaresma. Uno de sus sirvientes, al verlo tan débil, le hizo aderezar con un poco de salsa de carne la achicoria silvestre, su comida habitual. Tan pronto como el Papa la probó, mostró su profundo desagrado: "¿Quieres, amigo mío —dijo— que durante unos días que viva transgreda la ley de abstinencia que he observado inviolablemente durante cincuenta y cinco años?» ([31])

En los sufrimientos de la enfermedad solía exclamar con confianza: "Señor, aumenta el dolor, pero aumenta la paciencia al mismo tiempo". Su fortaleza mental siempre permanecía igual incluso en la enfermedad.

Ya no podía celebrar la Santa Misa, la escuchaba cada mañana en su habitación. El Jueves Santo (3 de abril de 1572) recibió el santo viático de su sobrino cardenal Alesandrino;

El Viernes Santo ordenó que le trajeran una cruz y, al levantarse de la cama, quiso adorarla descalzo. El día de Pascua (6 de abril), reuniendo las fuerzas que le quedaban, pudo impartir una vez más la bendición a la ciudad, desde la logia de la basílica vaticana, y lo hizo con una voz tan sonora que se escuchó hasta en el centro de la plaza. Al manifestarse entonces una mejora, el 21 de abril, sintiéndose más firme, quiso hacer una visita, en contra del consejo de los médicos, a las siete iglesias, y la llevó a cabo en parte a pie y en parte en una litera.

Este acto agotador lo deja tan exhausto que el sábado siguiente, 26, le da un síncope y lo dan por muerto. El día 28 desea celebrar la Santa Misa, pero debe aceptar recibir la Sagrada Comunión. El 30 de abril, Pío V anunció claramente que el final estaba cerca; se vistió con el hábito dominico, para morir en la blancura y humildad de un religioso, recibió la absolución y suplicó al obispo de Segni, sacristán de San Pedro, que le administrara la Extremaunción.

Antes de morir, el papa Ghislieri dijo estas palabras a los cardenales presentes a su cabecera:

> «No os entristezcáis; si habéis amado mi vida mortal, tan miserable, debéis amar aún más la vida inmutable y feliz, que la misericordia de Dios, como espero, me concederá pronto. Vosotros sabéis con cuánto celo me he esforzado por destruir el imperio de los turcos; pero dado que mis faltas no me han hecho digno de ver este triunfo, adoro los juicios divinos y acepto la voluntad del Señor. **Sin embargo, os encomiendo la santa Iglesia, a la que tanto he amado.** Esforzaos por elegir a un sucesor celoso que no busque más que la gloria del Salvador y no tenga otro deseo que el honor de la Sede Apostólica y el bien de la Cristiandad.» ([32])

S. Pío V es asistido por su sobrino cardenal Bonelli, por los cardenales Rusticucci, Peretti, Carafa, Acquaviva, por el general de los dominicos Serafino Cavalli, por el prior del convento de Bosco. La noche del 1 de mayo, alrededor de las 10 de la noche, se cubrió los brazos con la camisa, puso las manos sobre la cruz y espiró después de recitar, como una especie de bendición al rebaño cristiano que dejaba expuesto a tantos peligros, el verso del himno pascual del breviario: "*Quaesumus, auctor omnium in hoc paschali*

gaudio, ab omni mortis impetu tuum defende populum." [Te rogamos, Creador del mundo, en esta alegría pascual, defiende a tu pueblo de todo impetu de muerte] ([33])

Pío V fue a reunirse con grandes papas similares a él, como León el Grande, Gregorio VII e Inocencio III, tras haber reinado exactamente seis años, tres meses y veinticuatro días.

A pesar de sus innumerables generosidades y limosnas, la ayuda caritativa que había dado a todos los que la necesitaban, dejó en las casas de la Santa Sede la enorme suma de un millón seiscientos mil escudos. El cardenal Carafa comentó: "Dejó a la Iglesia en condiciones mucho mejores que cuando la había tomado para gobernar. Purificó Italia de todo tipo de errores y herejías. No se agotaron las finanzas como suele pasar. Así que no hay duda de que se fue al cielo."

Honor y gloria

Durante el solemne funeral se concedió gran honor y veneración a San Pío V que, según la costumbre, duró nueve días. El pueblo ya lo veneraba como a un santo. El propio sultán Selim II, a su manera (como buen enemigo...) al ordenar tres días de fiesta nacional por la muerte de Pío V, expresó la alta estima que el Papa Ghislieri tenía en todo el mundo.

El cuerpo de San Pío V fue enterrado provisionalmente en San Pedro, porque su voluntad era que fuera enterrado en el convento dominico de Bosco. Pero Roma no dejó escapar las reliquias de un santo tan grande. Trece años después, como protegido de San Pío V, el franciscano Felice Peretti, que se convirtió en el Papa Sixto V, ya no permitió que el cuerpo de su venerable predecesor se marchara, sino que erigió un solemne mausoleo para él en la mayor iglesia mariana de la Cristiandad, Santa María la Mayor, colocándolo en la capilla del pesebre, donde todo habla al corazón, de la Divina Maternidad de María Santísima. El Papa de la Ave María podía sentirse cómodo en la casa de Nuestra Señora... En el solemne traslado de los restos del papa Ghislieri, que tuvo lugar en 1588, Sixto V le tributó honores de gala. La causa de beatificación de Pío V no fue breve; comenzó en 1616, tras 14 años se reconocieron las virtudes practicadas de manera heroica. En 1672, el 1 de mayo, exactamente cien años después de su muerte, Pío V fue proclamado beato por Clemente X. Finalmente, en 1712 fue el papa Clemente XI quien tuvo la alegría de proclamar santo a su gran predecesor,

héroe de la Cristiandad. Con la excepción de Celestino V, San Pío V fue el primer Papa santo después de San Gregorio VII. Se puede decir que Ghislieri había seguido a Hildebrando desde Soana en todo... en la tierra como en el Paraíso y en la gloria que debía ser entregada a ambos en la tierra por la Iglesia Católica.

San Pío V en un grabado del siglo XVI.

Juicio histórico

Dice de él von Pastor:

«Desde el primer hasta el último día de su reinado, todas las fuerzas de Pío V se dedicaron a defender la Iglesia contra los enemigos de la fe católica, a purificarla de todos los abusos, tanto a extenderla a países extranjeros, como a defender la Cristiandad europea del asalto del islam. No se pudieron lograr éxitos definitivos en todos estos campos debido a la brevedad de su pontificado. A pesar de ello, el Santo Padre ha realizado grandes obras. Sus sucesores no tuvieron más que cosechar lo que él había sembrado. En el periodo inmediatamente posterior a su

pontificado, la importancia de su incansable y profunda actividad se hizo cada vez más evidente, no solo para la reforma católica, sino también para la restauración católica en general. Al fin y al cabo, los contemporáneos ya sentían la grave pérdida que sufrió la Iglesia con su muerte... Lo que un asceta tan estricto como Carlos Borromeo había dicho en 1568, es decir, que la Iglesia no había tenido una cabeza mejor y más santa desde hacía mucho tiempo.» ([34]).

Dom Guéranger dice:

«La vida de Pío V fue una lucha. En los tiempos turbulentos en que gobernó la santa Iglesia, el error había invadido gran parte de la Cristiandad y amenazado al resto. (...) (La herejía) aspiraba a difundirse en Italia; su ambición sacrílega consistía en destruir la silla apostólica y arrastrar a todo el mundo cristiano a las profundidades de la herejía. Pío defendió la península amenazada con una dedicación inviolable. Incluso antes de ser elevado a los honores del pontificado supremo, a menudo expuso su vida para arrebatar las ciudades a la seducción. Fiel imitador de San Pedro Mártir, nunca se le vio retirarse ante el peligro; y los emisarios de la herejía huyeron por todas partes ante su llegada.

Elevado a la cátedra de San Pedro, logró inculcar en los innovadores un terror saludable [*El temor es el comienzo de la sabiduría...* según las Escrituras], devolvió el ánimo a los soberanos de Italia y, con moderado rigor, logró expulsar más allá de los Alpes la plaga que habría llevado a la destrucción del cristianismo en Europa si los estados del Sur no le hubieran opuesto a una barrera insuperable. **La herejía se detuvo.** Desde entonces, el protestantismo, reducido a desgastarse, ofreció un espectáculo de aquella anarquía de doctrinas que habría llevado al mundo entero a la desolación sin la vigilancia del Pastor, que, apoyando con celo indomable a los defensores de la verdad en todos los estados donde aún reinaba, se opuso como un muro de bronce a la invasión del error en las tierras donde gobernaba como señor.» ([35])

Probablemente no se puede encontrar un elogio mejor que el que la propia Madre Iglesia quiso tributar a San Pío V en la bula de canonización del nuevo santo:

«Brillaba en él un ardor incansable por la propagación de la fe, una labor incesante para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, una

vigilancia asidua para erradicar los errores, una maravillosa caridad hacia los pobres y una fuerza invencible para defender los derechos de la Santa Sede.»

Oración final

«Ahora, santo Pontífice, escucha los deseos de la Iglesia militante cuyos destinos fueron, por un tiempo, confiados a tus manos. Incluso mientras morías, imploraste para ella, en nombre del Salvador resucitado, la protección contra los peligros a los que aún está expuesta. Mira cómo en nuestros días el error ha reducido a casi toda la Cristiandad a un estado lamentable. **Para hacer frente a todos los enemigos que la asedian, la Iglesia no tiene más que las promesas de su fundador divino, pues faltan todos los apoyos visibles; no le queda más que los méritos del sufrimiento y la oración.** Une tus súplicas a las suyas, demostrándonos así que sigues amando siempre al rebaño del Maestro. Proteged en Roma la silla de vuestro sucesor expuesta a los ataques más violentos y astutos. Príncipes y pueblos conspiran contra el Señor y contra su Cristo. Aleja los peligros que amenazan a Europa, **tan desagradecida con su madre, tan indiferentes a los atentados cometidos contra ella, a quien debe todo.** Ilumina a los ciegos, confunde a los perversos; haz que la fe ilumine finalmente tantas inteligencias perdidas, que confunden error con verdad, oscuridad con luz.

En medio de esta noche tan oscura y amenazante, nuestros ojos, oh santo Pontífice, disciernen **a las ovejas fieles: bendícelas, sostenlas y aumenta su número.** Únelas al tronco del árbol que no puede perecer, a fin de que no sean dispersos por la tormenta. **Hazlos cada vez más fieles a la fe y tradiciones de la santa Iglesia**, que es su única fortaleza, en medio de esta propagación del error que amenaza con destruirlo todo. (...) Finalmente, recuerda, oh Pío, que fuiste el Padre del pueblo cristiano, y continúa ejerciendo esta prerrogativa en la tierra, por tu poderosa intercesión, hasta que el número de los elegidos esté completo.» ([36])

Que esta hermosa oración que la liturgia dominicana dedica al glorioso Papa piamontés sea el cierre de nuestros artículos, con la esperanza de que, si con su lectura nos ha hecho amarle más, el autor no haya trabajado en

vano y que San Pío V interceda por todos los que le aman y veneran en la tierra:

«*Oh Pío V, admirable pastor, acuérdate de vuestro rebaño. Ante el Supremo Juez, toma partido por los fieles. ¿Quién podrá intervenir de forma más eficaz? Porque nadie ha trabajado tan duro para promover la gloria de Dios en la tierra.*»

Notas

1) ABATE ROHRBACHER, *Storia universale della Chiesa Cattolica*, Marietti Turín 1865, vol. XIII, libro 86, pág. 135.

2) Con motivo de la toma de la ciudad de Nicosia, es necesario mencionar el acto de heroísmo de algunas mujeres cristianas, capturadas para ser conducidas prisioneras, para ampliar los harenes de los infieles turcos. Prefiriendo la muerte a un destino tan ignominioso, una de ellas prendió fuego al barco que los transportaba. Casi todos murieron en el incendio. *Florete flores martyrum...*

3) Las relaciones entre Venecia, los estados italianos y España no fueron fáciles, ya que esta última, que era la mayor potencia europea, ejercía gran influencia en Italia a través de los virreyes en Nápoles, Sicilia, el ducado de Milán y Cerdeña. Los otros estados italianos luchaban por mantener su independencia. El cardenal Grente informa de que en esta ocasión Andrea Doria había recibido órdenes del rey de España de salvar sus naves *(op. cit.*, págs. 151-152).

4) CARD. GIORGIO GRENTE, *Il Pontefice delle grandi battaglie, San Pío V,* Ed. Paoline Roma 1957, pág. 153.

5) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, págs. 154-155.

6) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, pág. 156.

7) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, págs. 158-160.

8) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, pág. 163.

9) Estos eran los prisioneros que en la antigüedad estaban condenados a remar en galeras de guerra (o galeras) para avanzar estos barcos en ausencia de viento.

8) LOUIS PASTOR, *Histoire des Papes depuis la fin du moyen age,* Plon Paris 1935, pág. 295. En una nota al pie, Pastor señala que San Pío V tuvo que impedir, bajo pena de excomunión, a personas codiciosas e inescrupulosas que trataran a estos prisioneros cristianos liberados como si aún fueran esclavos.

11) CARD. G. GRENTE, *op. cit.,* pág. 166.

12) CARD. G. GRENTE, *op. cit.,* págs. 166-167.

13) CARD. G. GRENTE, *op. cit.,* págs. 173-º74.

14) INNOCENZO GIUSEPPE VENCHI O.P., *San Pio V fede e coraggio*, edizioni San Sisto vecchio, Roma 1972, págs. 152-153.

15) *Op. cit.,* págs. 174-175.

16) Catecismo para el uso de los párrocos publicado por el Papa San Pío V por decreto del Concilio de Trento.

17) DOM PROSPER GUÉRANGER, *Institutions Liturgiques 1840-1851*, *extraits par Jean Vaquié*, Ed. de Chiré 1977, pág. 115.

18) El "segundo canon" de la "Nueva Misa", que conserva solo unas pocas reminiscencias verbales del canon de San Hipólito, "escandalizó inmediatamente a los fieles por su brevedad. Se ha escrito sobre él que puede celebrarse en completa tranquilidad de conciencia por un sacerdote que ya no cree ni en la transubstanciación ni en la naturaleza sacrificial de la Misa." *Breve examen crítico del Novus Ordo Missae,* por los cardenales Ottaviani y Bacci, nº VI.

19) *Breve examen crítico del Novus Ordo Missae*, nº VIII.

20) *Breve examen crítico...* Los números VI y VIII, las negritas han sido añadido por nosotros.

21) DOM P. GUÉRANGER, *Institutions Litrgiques.*

22) CARD. G. GRENTE, *op. cit.,* pág. 185.

23) I. G. VENCHI *op. cit.,* págs. 102-104.

24) En cuanto a la forma en que estos dos hombres se conocieron, véase la primera parte de este artículo en *"Sodalitium"* nº 35, pág. 25.

25) CARD. G. GRENTE, *op. cit.,* págs. 201-202.

26) CARD. G. GRENTE, *op. cit.,* pág. 203

27) LOUIS PASTOR, *op. cit.,* Tomo XVII págs. 292-293.

28) PIETRO PÁRENTE ANTONIO PIOLANTI, *Dizionario di teologia dommatica per laici*, ed. Studium Roma 1943, entrada Baianismo, pág. 33.

29) Las proposiciones condenadas de Bayo pueden encontrarse en DENZINGER-SCHONMETZER, nº 1001-1080.

30) CARD. G. GRENTE, *op. cit.,* págs. 211-12. La liturgia dominica ha insertado este milagro en el oficio del santo: "Christi plantas osculari fixas cruci gestiit; sed pro vita sui cari pedes ista retrahit? Toxico imbutis dari oscula prohibiuit, alleluja".

31) CARD. G. GRENTE, *op. cit.,* pág. 212.

32) CARD. G. GRENTE, *op. cit.,* págs. 214-215.

33) "Te rogamos, Creador del mundo, en esta alegría pascual, defiende a tu pueblo de todo ímpetu de muerte" [de todo dominio de muerte física o espiritual – nota del traductor].

34) L. PASTOR, *op. cit.,* Tomo XVIII págs. 323-324.

35) DOM GUÉRANGER, *L'année Liturgique*, Oudin París 1908, Le temps Pascal T. II, págs 510-511.

36) DOM GUÉRANGER, *op. cit.,* pág. 522-523.Traducción italiana, Edizioni Paoline, págs. 615-616. El autor ha añadido las negritas.